

Entredichos

R. Alcalde, H. Grisafi, E. Grüner, L. Gusmán, J. Jinkis
y H. Savino

Las Malvinas argentinas Del trabajo a la guerra y de la guerra al trabajo ¡Argentinos a recomponer!

Tres son los intereses de la Razón:
¿qué puedo conocer?
¿qué debo hacer?
¿qué puedo esperar?

Immanuel Kant, *Crítica de la razón pura*,
Metodología, capítulo II

— ¡Surrender!
Why am I to surrender, you sirrah,
when I'm winning? Come down with
the little Princess, so that I...

Pyrgopolinices Furious,
Acto I, Escena I

— No he de suicidarme, porque:
a) soy cristiano;
b) tengo la conciencia limpia

— Todo aquel que es de la verdad,
oye mi voz. Le dijo Pilato:
¿Qué es la verdad?

Juan, 18.37-8

Certainly. I enjoyed the horse-
riding with Her Majesty very
much. It was real fun!

Ronald Reagan, al
Christian Science Monitor

Juan Ward: It's a pity, Juan,
we didn't had leisure enough to
try together a new version of
"Memorioso Funes"!

Juan López: Don't worry, Juan.
We'll try it next time.

Juan Ward: Sure, Juan, at Orbis Tertius.
My compliments to Georgie.

Casi en su totalidad, el material que contiene este segundo número de SITIO estuvo redactado y se comenzaba a componer tipográficamente el mismo día, 2 de abril, en que se invadían las Malvinas. Supimos que habíamos entrado en guerra, y que SITIO, durante un tiempo que no podíamos calcular, pero imaginábamos largo, era imposible, revista literaria. Setenta y cuatro días después, la guerra había terminado. Apenas comenzábamos a pensar qué lugar le tocaba -o tenía que hacerse- una revista literaria en el seno de un pueblo en guerra.

¿Qué cambio de sentido le cabría a la literatura en un país, que para nuestra memoria histórica, para nuestra corporalidad, para nuestro estar en el mundo, fue espectador neutral de todas las guerras que durante este siglo alteraron sustancialmente la estructura material y cultural de la humanidad? Para nosotros, las guerras habían sido, fundamentalmente, testimonios orales o hechos literarios. Ahora nosotros, en guerra, pasábamos a ser un hecho del que la literatura tendría que dar cuenta. La guerra -imaginábamos-, forzosamente nos dejaría en *relaciones sociales nuevas* (por momentos las suponíamos fundantes, inaugurales), y nos preguntábamos qué función dentro de ellas nos tocaría cumplir. Materia nueva clamando por formas nuevas; nosotros no seríamos los mismos, habría otros lectores, otras conciencias, otro acceso a ellas; otros objetivos; ¿quizás una nueva eficacia? Ciertamente, un nuevo deber ser.

Estos celajes se desvanecieron, como tantos otros. De la guerra nadie debe preocuparse: sus secuelas están en manos competentes. Hay quien evalúa y juzga responsabilidades militares; hay quien sutura desgarrones diplomáticos; hay quien excogita los procedimientos más convenientes para que paguemos cuanto antes y con intereses razonables los atrasos incurridos, por la guerra, con los bancos ingleses. Hay quien concierte. Hay una democracia moderna, fuerte, eficiente y ordenada a breve plazo, que fue la que todos nos propusimos en 1976. Hay quien ni siquiera esto puede aceptar y manotea para impedirlo.

¿Se justifica publicar ahora algo escrito en una coyuntura tan distinta? Hemos vacilado largamente. Dos razones nos decidieron: la *impotencia* en que nos debatimos todavía para imaginar qué y cómo escribiremos cuando hayamos terminado de asumir lo que el país vivió durante setenta y cuatro días oniroides; y el haber caído en la cuenta de que por el momento es el único modo que tenemos de *negarnos a olvidar*. Que es lo que se nos sugiere, se nos suplica, se nos intenta imponer por todos los medios.

Recordar nos causa angustia, miedo y -si la pa-

labra tuviera todavía algún contenido en Argentina- diríamos que terror. Pero es un terror distinto del que aterra a los que *necesitan que olvidemos* a las Malvinas para que todo vuelva a ser como antes. Tal vez en este momento se feliciten, en tan pocos días de posguerra, de haber avanzado, o sea retrogradado, tanto. Les reconocemos, sin ninguna dificultad, que lo que tenemos es muy distinto de lo que se prometía durante la fraternidad de la guerra y con lo que acaso se logró ilusionarnos. Pero sabemos que la decepción de los combatientes (civiles movilizados o militares profesionales), vencidos o triunfadores; la de los familiares de los difuntos; la de los mutilados; la de la población, es el estado emocional inevitable en cualquier posguerra.

Hay otra decepción objetiva, que es infinitamente más importante: la de los "triunfadores" en la guerra, Estados Unidos y Gran Bretaña. El triunfo de las potencias imperialistas en la Primera Guerra Mundial le costó el trono a los Romanov e implantó el socialismo en Rusia; la victoria de la Segunda dejó a Gran Bretaña sin imperio y la URSS llegó a Berlín Oriental. Las Malvinas, ya, le han costado a Estados Unidos el TIAR y la OEA. Que se logre o no éxito en lograr nuestra amnesia histórica (todo indica lo contrario) tiene, frente al proceso nacional e internacional desencadenado, muy poca relevancia.

II

Decíamos que el 3 de abril nos enteramos de la ocupación de las Malvinas. Con otros 80 millones de súbditos británicos y argentinos, más 2.000 kelpers, tuvimos que inferir: "Entonces, estamos en guerra". Literatos, nos dijimos: ¡el Aplazamiento! Más que ninguno -o no menos que cualquier otro-proyecto argentino que no fuera matar o morir, la literatura quedaba aplazada. O por lo menos la literatura en el sentido habitual del término, la que SITIO hasta ese momento en pequeña parte generaba y la asumía toda: la de la exacción, la de la atrocidad, la del oprobio, la de 1976-1981. Toda ella: la intersticial; la que impávida; la amorosa del *Fatum*; la cifrada; la ladina; la autografiada en *Expolibro*; la subvierte-discursos; la de exhibición reservada o prudencial; la exilial; la tontuela; la coeditable; la jackobsina; la neobarroca; la laconniana; la antibúmica; la capitular: la Nuestra.

Pero *Littera horret vacuum*. Con las páginas de los suplementos, ¿qué hacemos mientras tanto? A los de la OEA, a nuestros propios pardos, ¿qué se les dice? Sus almas, ¿cómo las confortamos? De una movilización total, ¿puede la escritura estar ausente? Tuvimos *infraliteraturas* de

guerra. Canallescas, en general, moviéndose en esa zona letrinal de los masmedia, la publicidad, los semanarios, los servicios. Como exocets y kamisakis, tuvimos nuestra Rosa de Tokio que, "par de los leves vientos / al volátil simílina sueño", masajebaba a la semana los tractos medulares de *tommies* y gurjas juntamente. Un error de cálculo hizo que, a pesar de la cortina musical de campanadas de Bing Beng y *Let it be*, su eficacia emoliente fuera menor de la prevista: a bordo del *Queen Elizabeth*, decrépito *Sheraton* flotante, los *tommies* traían sus propias kinesiólogas y taquígrafas. En cuanto a los gurjas, según *Crónica*, preferían dictarse entre sí, o mejor aún, que les dictaran nuestros mocetones criollos.

La infraliteratura escrita no pudo, sin embargo, horadar el esteticismo de nuestros exigentes, alienados como siempre: "Pasatismo, caducidad" -gruñían. Ensayos de Paul Groussac y de Alfredo Palacios, sonetos y octavas reales de poetisas y poetisas, la mayoría clínicamente seniles. Y en verdad no faltó quien metiera su zambita en Mesa de Entradas de Propiedad Intelectual dejando placé, por una nariz apenas, al bardo más cercano.

Irreprochada, en cambio, ubérrima, el *ars dicendi*, la oratoria, silente desde la época de nuestros Grandes Tribunos, de Juan Domingo Perón. En todos sus géneros y especies, pre y posquintiliánicos: deliberativo, por Costa Méndez; homilético, por R.P. Fernández; castrense, por M. Benjamín Menéndez; epitáfico, por Wojtila y Marcinkus. ¡Y qué consolación, por las mañanitas, qué iluminación excelsa, qué acendrado celo anticolonial, en los diálogos de Neustadt, vía satélite. ¡Gracias, Neustadt por ser como es! La guerra, sin usted, ¿habríamos podido deletrearla? Con Calíope se consorció Euterpe: *rock* nacional y Vueltas de Obligado ("¡La pucha tantos gringos, venirse al cuete!") nos hicieron redamar a los que diez años antes, cuando adolescentes ellos, pisoteábamos contra el asfalto por toxicómanos; o sentirnos, en el colectivo, de bota'e potro y chiripáes punzóes. Literaturas de disfraz para una realidad con antifaz y dominó.

III

Nos sobrecogió, decíamos, la guerra. La Nuestra. No como entre Lapitas y Centauros; no por los respectivos coños de Helena y Dido; no por el Sepulcro Santo ni por el Grial; no en la que tempestivos heraldos introducen carteles de desafío o arrojan guantes de malla ante damiselas demudadas en cámaras del trono retumbantes; tampoco de las burguesas: parlamento mayoría

un tercio aprueba declaración hacerse efectiva 0.1 próximo lunes. Todas éstas se pronostican, se ciernen, se temen, se imaginan, se desean durante meses, años, lustros. La nuestra se ajustó más bien al modelo intergaláctico o Batman. Las Excelsitudes, deshibernadas tres milenios después en sus tres nichos de topacio por el rayo de megapositrones de la computadora autoprogramable, intercambian entre sí ósculos de enternecimiento y sonríen: "Eran de siempre nuestras; ahora son nuestrísimas". Y fuimos en guerra.

En guerra fuimos. Para pensarla, para sentirla, los letrados vimos que no nos servían los enquiridios de cabecera: ni *La araucana*, ni *Sin novedad en el frente*, ni *El viaje al fin de la noche*, los *Invictos*, *La guerra y la paz*, *Trampa 22*. Lo que en nuestra guerra podíamos reconocer era nada más que lo puramente genérico, lo accesible a cualquier humanismo enajenado en lo abstracto, lo que realismo y naturalismo desmenuzaron sin clemencia hasta la última posibilidad, y el expresionismo resintetizó en hipérbole. Lo que el cine nos refregó contra las pupilas en *Mash*, *Franco Tirador*, *Apocalipsis Now*.

Los dos límites antropológicos de la guerra: Leónidas muriendo hermosa y noblemente en dáctilos y espondeos ("Extranjero, anuncia a los lacedemonios que aquí yacemos, obedientes a sus palabras") y el Thenardier que reptaba en el crepúsculo del Waterloo de *Los miserables* despojando de anillos y arrancando dientes de oro a sus compatriotas semivivos. Es verdad que entonces las bombas estallaban todas y Thenardier no había llegado más que a sargento. La logística era rudimentaria, los cañones se fundían con bronce de campanas, en vez de encargarlos por número de catálogo, y ninguna fragata de Napoleón navegaba con motores Rolls-Royce y fuel oil de la Shell. Reyertas pastoriles, por unos ojos bellidos, de Títiros y Melibeos.

IV

Desembarcar, no podían: desembarcaron; consolidar una cabecera de playa, era imposible, la consolidaron, a Puerto Argentino, no llegarían: llegaron; jamás nos rendiríamos: con tachaduras, nos rendimos. La guerra había terminado. La primavera sudamericanista, anticolonialista, unión nacional, huyó al primer soplo del cierzo de la derrota. Ahora, a enmendarnos.

Lo primero esto, a las ocho horas fue el *discurso de la guerra*, escrito y oral. No es mucho mérito: se toma un secretario de redacción, un columnista, un comentarista de radio y televisión, se aprieta el botón *stop-eject*, se saca el rollito "Antiimperialismo", se introduce, digamos,

"Mundial España", se aprieta el *start*.

La literatura está otra vez sola con su silencio. Puede comenzar a hablar. Se demora todavía, replegada sobre sí misma, tentada de acogerse a la amnesia, rumiando sus propias culpas y las de todos los demás. Dos poemas "Cambalache", de Osvaldo Rossler, en *La Nación* y "Juan López y Juan Ward", de Jorge Luis Borges, en *Clarín*, son su primera elocución. Conjuntamente, Borges prodiga declaraciones políticas, cada vez más "radicalizadas". Osvaldo Rossler, en una "Carta del Lector", informa que, poco después de publicado el poema, fue agredido una noche, en *Adán Buenosayres*, por un coronel en situación de retiro. No da su nombre.

Nos identificamos con la seriedad ética, con la fidelidad al testimonio en favor de los que no tienen palabra o no tienen donde decirla, de ambos poemas. Con el *contenido político* implícito en ambos, tenemos esenciales desacuerdos. Una misma ideología, a nuestro juicio, sigue hermanando, como desde sus orígenes, por la vía de dos estéticas diferentes, a Florida y Boedo. Martínez Estrada se habría solazado: "invariantes históricas".

V

Rossler, para designar sincréticamente la situación argentina de 1982, busca una metáfora. Y elige una que, por estar codificada, ya es un símbolo: "cambalache". Si a lo que quiso aludir fue a "anomia, subversión de valores", pudo haber recurrido a otra, codificada también: "tugurio fétido, la Argentina indudablemente lo es. Y hiede con un olor mucho más nauseabundo que la "catinga". Hiede a *Blonde Bestie*, bestia blonda, extracto importado, de fragancia muy persistente, destilado y patentado por Nietzsche en lo más oscuro de su Selva Negra.

El vocablo "quilombo", con la acepción que se emplea actualmente en el Río de la Plata, significa aproximadamente "lupanar tumultuoso". Es, pues, como el cambalache, un lugar revuelto. Pero aseable y ordenable. Sólo hace falta una regencia experta. (Rosarinos de edad muy provechosa recuerdan que, hasta que llegó Saphó, su establecimiento era una Casa de Tócame Roque. En dos semanas se convirtió en un modelo de eunomía y sophrosine. Los Niños Bien retornaban matutinos a sus hogares con paquetes de manteca intactos o habiéndoselos ingerido *in situ* por sugerencia del conserje. La casa era una tacita de plata; las pupilas dejaron de comerse las uñas y las eses de plural, rezaban el Angelus al mediodía y el rosario por la tarde, y andaban derechi-

tas como juncos. No ha podido dilucidarse la especie de que sor Agustina, la superiora de las Adoratrices de a la vuelta, tomó con Saphó clases particulares de administración de empresas.) Países quilombo o países enquilombados hubo más de uno en la historia. Hasta que llegó alguien (o muchos), mandó parar, y acabó la diversión. Y, al final de cuentas, un quilombo no es tan dantesco. Los cambalaches, en cambio, desde *La piel de Zapa* y *Old Curiosity Shop*, son, como diría Cortázar, deprimenciales.

Admitimos que esto último es cuestión de gustos. Lo que realmente importa, semiológicamente, es que un cambalache, en cuanto cambalache, no es *ordenable*. Además de ser una contradicción en los términos, se fundía en una semana. ¿Se imagina, Rossler, a los don Chicho y San Martín, Don Bosco y Napoleón, clasificados en estanterías y según tamaño? Salvo que pensemos en los cambalaches de San Telmo, los de la placita Dorrego, tan amorosos. Pero esos son *pra os garotos*, Rossler.

Un cambalache en serio es como Discépolo y usted lo imaginan. Y me temo que lo deseen (si el que imagina desea siempre) "para el 202 y para el 2.000 también". Para nosotros, el 2.000 está ahí. Para Discépolo, "2.000" era como "cincocientos mil millones" para un nene que está aprendiendo a contar, o 10.000 para los griegos, es decir, el número infinito, que en unidades de tiempo es: siempre, *eternidad*. ¿Desea esto Rossler? Nosotros preferimos, para 1986 digamos, un quilombo argentino en buen orden, donde Rossler pueda hacerse sus nohecitas donde le dé la gana y los Mavortes briosos -en situación de retiro- tengan sus surcos que cavar o sus tubérculos que plantar -si son incapaces de imaginar un ocio más productivo- con más provecho para su presión arterial, menos ridículo para su institución y menos vergüenza para el país.

VI

Rossler, *ex post factum*, reivindica militantemente el sentido político de su poema. Así, anuncia una conferencia con el título: "Cambalache 82, poema de denuncia". Borges presenta su *Juan López y Juan Ward* sin ninguna clase de comentario. Quiere que el poema hable por sí mismo, que diga su propuesta política. Trátemos de saberla escuchar.

"A *Juan Lopez* y *Juan Ward* les tocó una época extraña (...) "El planeta había sido parcelado en diversos países (...) su arbitraria división era favorable a las guerras" (...) "Ward había estudiado castellano para leer el Quijote (...) el otro profesaba el amor de Conrad (...) que le ha-

bía sido revelado en un aula de la calle Vi-amonte" (...) "Hubieran sido amigos, pero se vieron una sola vez (...) en unas islas demasiado famosas, y cada uno de los dos fue Caín, y cada uno, Abel. Los enterraron juntos. La nieve y la corrupción los conocen".

Dice el poeta que el hecho que refiere "pasó en un tiempo que *no podemos entender*". Nos deja, con ello, frente a una primera tarea: establecer quiénes son los "nosotros" apelados por la desinencia verbal. Descartamos, por obvio, que se trate de un "plural mayestático" o de un "plural de autor", un sujeto singular mentado en plural. Hay que rastrear algún sujeto colectivo. Pero este "nosotros" no remite ni anafóricamente a alguien previamente mencionado e incluido en la función de relatar; ni deícticamente a un "nosotros los que estamos aquí". Tampoco es un "plural de encubrimiento", un yo que quiere disimular su nombre. Parecería que sólo nos queda interpretarlo como alguna forma de "plural de generalización", que abarcaría al poeta y a todos los miembros de alguna clase lógica en la cual el poeta pueda ser congruentemente incluido. Aquí, el "nosotros" podría designar a "todos los poetas, todos los argentinos, todos los argentinos y los británicos, todos los humanos". En cambio excluye infinitas clases virtuales, tales como: "los cojos de ambos pies, los cíclopes, las Hijas de María, los que no colaboramos en el suplemento literario de *Clarín*".

Tenemos que inferir que el "nosotros" -la clase lógica que el poeta constituye mediante la acción de enunciar- es la de *todos los que no pueden entender el tiempo* en que les cupo morir a los dos Juanes. Nuestra primera tentación es reconocernos como pertenecientes a esa comunidad de no entendedores: los que no entienden del todo; los que creen entender, mas no están ciertos.

Pero un malestar difuso nos arredra, y decidimos primero escuchar más y con mayor cautela. Advertimos que el poeta no habla de un hecho contingente, de una falta de intelección por insuficiencia de datos o porque no se han descubiertos aún las conexiones que los articulan. Parecería hablar de un tiempo *necesariamente* imposible de entender, porque no se puede, y aun *no se debe*, comprender. Si esto fuera lo que intenta persuadir, la operación del "nosotros" generalizador sería empráctica, performativa, política. La misma que se consume en las interrogaciones retóricas ("¿Pasaremos en silencio este agravio?") o en los mandatos en indicativo, como los que se dirigen a los pequeñines ("Ahora hacemos pis, y nos vamos a la cama"). A un "nosotros" así, no aceptamos que el poeta nos lleve.

No por ello nos separamos de él: seguimos escuchando. Ahora, eso sí, con prevenciones. De los políticos (sobre todo cuando democráticos y mucho más si populistas) durante décadas nos ha enseñado Jorge Luis Borges a desconfiar: son fértiles en ardides. Hay que sopesar cada una de sus palabras. En la más intrascendente -como "una víbora entre las hierbas"- puede estar oculto el *entimema*. Un oportuno "¡Compañeros!" tiene, de pronto, más eficacia persuasiva, motivadora de acción, que el más riguroso de los polisilogismos en "Bárbara".

Descondensados sus entimemas, el raciocinio del poeta discurre así: "Dos hombres, que se llamaban Juan López y Juan Ward, estaban recíprocamente interesados en el lenguaje y la literatura del otro; *ergo* pudieron ser amigos, al encontrarse. Si no lo fueron, es porque algo ajeno a ellos lo impidió". Y el *locus* que funda este raciocinio es el que ya Aristóteles enseñaba a Nicómaco: la verdadera amistad es amor entre iguales, y se funda en la *virtud* que cada uno de ellos reconoce en el otro.

La *igualdad* (que no es lo mismo que la identidad, sino la síntesis de lo idéntico y lo otro) se prueba entimemáticamente aquí porque ambos comparten el mismo nombre propio, "Juan", que, junto con "Pedro", es el más difundido en los países occidentales de cultura cristiana. La *diferencia* objetiva reside en que uno es inglés y el otro argentino. Es lo que quieren demostrar sus apellidos *progenéricos*.

Y aquí nos reaparece el mismo malestar: si el poeta quiso *caracterizar* inequívocamente desde el eje de la nacionalidad, los apellidos *progenéricos* que eligió no resultan eficaces. "López" no es más peculiarmente argentino que Pietrafesa o Goldenberg. Distinto, si se hubiera llamado "Fierro". Y "Ward", semiológicamente, no puede rivalizar con "Bull" ni, estadísticamente, con "Jones" o "Smith". Para peor, los semas que porta no son muy alentadores para un proyecto de amistad. *Ward* es "tutor, guardián, vigilante, carcelero".

Tal vez el malestar se disipe si consideramos el modo como cada uno adquirió competencia en el idioma del otro. *Ward* estudió castellano para leer el *Quijote*. No se aclara cuándo, dónde, ni cómo. Si de niño, si de adolescente, si de adulto. (Siendo *Ward* *mercenario* pudo tener entre 18 y 35 años, ser *Fellow* de Oxford o autodidacta.) Si solo; si con *Linguaphone*; si con un profesor particular. El poeta prefiere no informarlo: *Ward* lo quiso, trabajó activamente (*studere*), lo logró. En cierto momento el *Quijote* fue suyo.

El acceso de Juan López al anglosajón fue un Sendero Espiritual, como el de Christian en el *Pilgrim's Progress*. López devino el receptor de

una revelación, en un lugar preciso, "un aula de la calle Viamonte". El poeta asigna tanta importancia a la localización, que "calle Viamonte" es el único *topónimo* que aparece en el poema. Todos los otros lugares, Londres, Buenos Aires, Malvinas, son mentados sólo *perifrásicamente*. La precisión del lugar hace que también el *momento* pueda establecerse (por lo menos dentro de términos *post quem* y *ante quem*) mediante inferencia directa: *ni antes* de que en la calle Viamonte hubiera aulas *ni después* que dejara de haberlas. Antonomásicamente, aulas de Filosofía y Letras.

Lo revelado a Juan López fue algo concierne a Józef Konrad Korzeniowski (a) Joseph Conrad, escritor *polaco*, que tras haber tenido que renunciar por razones políticas a su patria y a su lengua materna, se convirtió en uno de los máximos estilistas del inglés. No el único: uno de ellos. Y lo que se le reveló a López es que Korzeniowski es "alguien al cual *se debe profesar amor*". Modo reverencial, *pasivo*, latréutico del amor.

El nombre del *revelador* tampoco consta. Pero si ese hierofante actuaba "en una aula de la calle Viamonte", lo hacía con las debidas licencias, y la iniciación se consumó dentro de la asignación burocrática de incumbencias, la ostentación mística tuvo lugar con más probabilidad en el aula de literatura inglesa, no en la de geografía física ni la de psicología experimental. Aulas de Letras en la calle Viamonte existieron desde 1941 a 1969. Luego fueron trasladadas a otras calles. Y en esas aulas, literatura inglesa la enseñaron Rafael Alberto Arrieta y Jorge Luis Borges, con sus respectivos adjuntos. Entre ellos habría que buscar el Juan Bautista de Juan López.

Pero, el iluminado, ¿habrá sido efectivamente Juan López? El poeta vuelve a desconcertarnos, lo cual es indicio de que quiere decirnos algo más de lo que parece decir, o que es algo que dice a pesar suyo. *No nombra* al iniciado por su nombre y apellido, como acaba de hacerlo con Ward, lo *alude* como "el otro". Un bautismo al revés: López no recibe un nombre nuevo, simbólico de su nacimiento a la gracia, sino que pierde el que lo singularizaba (aunque con la tenuidad que hemos visto): renace como "El otro que Ward", cualquiera no-inglés capaz de pasmarse ante Conrad.

Si López y Ward hubieran llegado a conocerse, su amistad no habría sido simétrica, sino *complementaria*. ¿Dice eso el poeta cuando relata que "los enterraron juntos"? Para saberlo, tendríamos que saber *quién* los enterró y si "la nieve y la corrupción los conocen" juntos en una fosa común con la multitud innominada de otros caídos. Porque el enterramiento por parejas en

una misma tumba es de alguna manera *conyugación*. Abelardo y Eloísa.

VII

Muchos otros pares de guerreros jóvenes pudieron ser amigos y encanecer ejercitando la amistad. En Niso y Euríalo "un mismo amor había y a la par se lanzaban a las guerras". Hostigaban a los mismos rútuos. Pero Niso muere sobre el pecho de Euríalo muerto y "descansó, por fin, allí con una plácida muerte". También a ellos les "tocó una época extraña". Ya el "planeta había sido parcelado en países": helenos, troyanos, cartagineses, latinos, rútuos. Y "esa arbitraria división era favorable a las guerras". Antes no era así. Cuando las hojas de las encinas sudaban miel y por el cauce de los ríos fluía la leche; cuando reinaba Saturno y no había Abeles y Caínes.

Alonso Quijano, "después que hubo satisfecho su estómago / y / tomó un puñado de bellotas en la mano", filosofando sobre los orígenes de la caballería andante y de la cultura, explica a los cabreros que en la "dichosa edad y siglos dichosos (...) a quienes los antiguos pusieron nombre de dorados (...) los que en ellos vivían ignoraban estas dos palabras de 'tuyo' y 'mío' ". Hay quienes consideran que estos dos pronombres tienen que ver con la parcelación y la arbitraria división del planeta. En tal caso, López y Ward hubieran sido *partes interesadas* en la posesión de esas "islas demasiado famosas", como Gunggha Din o los jinetes de *La carga de la brigada ligera*. Previamente a la amistad, habrían tenido que ponerse de acuerdo sobre la tenencia de dicho accidente geográfico. Como en cualquier juicio sucesorio: la cónyuge supérstite, por ejemplo, y los huérfanos del occiso. Son bien conocidas las enternecedoras escenas de consanguínea piedad a las que puede dar origen una discrepancia por una parcela en este trámite rabulesco.

El poeta prefiere que Ward y López mueran inocentes del tuyo y mío, con la *inocencia del devenir*, y esas muertes, esa *temporalidad*, le resulta, lógicamente, incomprensible. Sólo que abarca la totalidad del tiempo humano, la *historia*. Por eso el poeta *no se rebela*, sino que se limita a *quejarse* de la inhumanidad de ese tiempo humano. Quejarse es aceptar: lo inhumano es, además, *inhumanizable*. Un tiempo así, hay que negarlo como *maya*, suspenderlo como sueño, deshumanizarlo en eterno retorno. Rossler -ya lo hemos visto- piensa algo semejante, sólo que su Musa tiene un poco menos de Mala Pata.

Buenos Aires, 5 de noviembre, 15,30 horas

El convidado

Murilo Rubiño

Tradujo: Néstor Perlongher

*"Ve pues que pasan mis breves años,
y camino por una senda, por la que no volveré"*

(Job, 16,23)

La invitación que acababa de recibir contrariaba mucho su gusto por los detalles. Aparte de no mencionar la fecha y el lugar de la fiesta, omitía el nombre de las personas que la promovían. Callaba también en cuanto al traje de las señoras, pese a exigir para los caballeros librea¹ y bicornio o casaca irlandesa sin condecoraciones. A falta de otras especificaciones, juzgó que se trataría de alguna festividad religiosa o de una insípida conmemoración académica.

José Alferes volvió a examinar el sobre, preocupado por la posibilidad de equívoco o de simple broma de desocupados. Pero, ¿a quién le interesaría divertirse a costa de un extraño en una ciudad de cinco millones de habitantes? La idea era evidentemente absurda, teniendo en cuenta que su círculo de relaciones no pasaba del cuerpo de empleados del hotel, donde hacía cuatro meses se encontraba hospedado.

Pensó en tirar la carta, y sólo desistió de hacerlo al acordarse de Débora, la taquígrafa, pensionista de uno de los departamentos del mismo piso que el suyo. El trazo femenino de la letra autorizaba esa suposición. Se despreocupó de las omisiones de la invitación -cosas de mujeres- para concentrarse sólo en las formas sensuales de la vecina: ancas sólidas, senos duros, piernas perfectas.

Había hecho diversas tentativas de abordar a la muchacha, y había sido repelido. Con una media sonrisa, una frase reticente, ella lo miraba furtivamente y, sin volverse, sabía que Alferes se quedaba parado, la sangre hirviendo, acompañándole los pasos por toda la extensión del corredor.

La ventana de su cuarto daba a una casa que alquilaba ropas destinadas a cualquier tipo de ceremonias, bailes o recepciones. Aun con un stock variado, su clientela era reducida. Aquella mañana, sin embargo, mostraba un considerable movimiento de personas que entraban y salían, la mayoría cargadas de paquetes. Durante algún tiempo, José Alferes observó sin gran interés lo que pasaba del otro lado de la calle. De pronto se tomó la cabeza, apresurándose a cambiar el pijama por el primer traje que encontró en el ropero. Y, en un acceso de repentina euforia, ensayó un paso de baile abrazado a una dama invisible que más tarde habría de adquirir la solidez del cuerpo de Débora, porque ya se había convencido: la fiesta era inminente. Si no, ¿cómo explicar el proceder de toda esa gente, alquilando indumentarias especiales en esta época del año, cuando el calendario no marcaba ninguna festividad especial?

Al entrar en la tienda, la encontró vacía. El único empleado de la firma, un señor mayor, lo atendió. La agitación de Alferes no le permitió ir directo al asunto. Le preguntó al viejo si tenía noticias de una recepción o algo parecido para aquella noche.

La respuesta poco le aclaró: creía que sí, aunque nada supiera de boca de los clientes que había atendido por la mañana. Le aconsejaba buscar a Faetonte, el chofer de taxi de la parada de la esquina. Era, en el ramo hotelero, el conductor habitual de los que procuraban diversión.

José Alferes percibió que su interlocutor ocultaba algo. Prefirió, no obstante, no insistir. Sacó la invitación del bolsillo, y preguntó si podría conseguir los trajes indicados ahí.

El hombre echó una ojeada a los armarios, volvió a mirar el papel, lo enrolló entre los dedos, se limpió los anteojos y, sin prisa, se dirigió a los fondos de la tienda, para reaparecer trayendo bajo el brazo unas ropas negras y un sombrero de plumas.

—No es exactamente lo pedido, pero lo mismo sirven.

Había tal seguridad en la voz y en las maneras del dependiente, que Alferes, aun viendo que no era un bicornio el sombrero, evitó contradecirlo. A una señal del otro, lo acompañó a un cubículo revestido de espejos.

Algo afligido y desmañado, se iba probando las piezas del atuendo, casi todas en seda negra: un jubón, calzones, medias largas, zapatillas y, para adornar el cuello, una gorguera blanca almidonada. Por último, el espadín.

La billetera abierta, se detuvo un instante en el cálculo de los billetes que habrían de cubrir el pago adelantado del alquiler, como buscando algo perdido en la memoria.

—¿No está satisfecho?, preguntó el viejo, incomodado con el silencio del cliente.

—Sí lo estoy. Tratava apenas de recomponer la imagen de un rey antiguo, con esta misma ropa, en un grabado también antiguo. Tal vez un rey español o el retrato de un desconocido.

De vuelta al hotel, se metió nuevamente en el pijama. Pidió el almuerzo en el cuarto y, contra su costumbre, encargó un vino importado, prestando el encuentro de la noche. A duras penas sofocó las ganas de telefonar a Débora -si la carta no venía firmada, reflexionaba, es que ella deseaba permanecer en el anonimato. Dada la naturaleza vacilante de la joven, un gesto precipitado de su parte podría llevarla a negar cualquier participación en el envío de la esquila.

Contuvo la impaciencia, a pesar del lento fluir del tiempo. Aprovechó más tarde para prepararse con cuidado amoroso: del baño -un agua tibia perfumada con esencias- pasó a arreglarse la gorguera, a ceñirse las medias largas, eliminando las menores arrugas. Los calzones justos le molestaban un tanto, y la figura reflejada en el espejo desagradábale por su aspecto sombrío. Sonrió al ponerse el sombrero: las plumas atenuaban un poco la austeridad del vestuario. Entre uno y otro pensamiento intentaba recordar dónde había visto a alguien vestido del mismo modo. ¿Un rey español o un desconocido?

Flotaba en el ascensor un perfume vagamente familiar. Hubiera deseado que perteneciese a la taquígrafa, y preguntó al ascensorista si ella había bajado.

—La señorita Débora salió de vacaciones ayer por la tarde.

—¿Viajó? La sorpresa casi desarmó el tono de naturalidad que había imprimido a su pregunta. Sentía desmoronarse los planes de un día enteramente construido para una noche singular. Su primer impulso fue regresar al departamento y librarse de aquel incómodo atavío. Los gas-

tos ya hechos, la dificultad de reemplazar por otro el programa idealizado y, principalmente, el miedo de caer en el ridículo si descubrieran que había sido invitado a una fiesta por una mujer que viajara en la víspera, le hicieron seguir adelante.

—Ah, sí, me había olvidado.

Le dio una propina mayor que de costumbre, como si ello lo redimiese de la decepción sufrida.

No sabría explicar por qué entre los varios taxis parados en el estacionamiento, escogió justamente el de Faetonte. Sería tal vez por el poco común uniforme que lucía —una túnica azul con alamares dorados y pantalones rojos. Poco importaba eso, pues ya se acomodaba en el asiento posterior del coche.

—Supongo que nuestro destino es el barrio Stericon, en la parte residencial de la ciudad.

—No estoy seguro —respondió Alferes—, apenas sé que debo ir a una recepción, para la que exigen una ropa como ésta.

—Entonces es allí, repuso el chofer, poniendo en marcha el vehículo.

Anduvieron durante media hora, pasando por ricas mansiones, de exquisita arquitectura unas, otras de mal gusto. Se detuvieron al dar con una casa de dos pisos mal iluminada y semiescondida detrás de altos muros.

—¿Está seguro de que es aquí, Faetonte?— La ausencia de otros automóviles frente a la casa, y la escasa iluminación, justificaban su escepticismo.

—Absolutamente. Mire, ahí viene el portero.

En efecto, se dirigía hacia ellos un hombre de traje azul y boina verde. Hizo una exagerada reverencia, girando enseguida la manija del coche.

—Tenga la bondad de bajar, caballero.

Alferes apreció la diferencia.

—¿Esta ropa sigue las indicaciones del protocolo?

—Disculpe, mi función no va tan lejos. Me fue encargado solamente recibir al convidado.

—Perfecto, eso simplifica las cosas. Soy la persona que usted espera. Y le mostró la invitación.

El portero le pidió que esperase: iría a comunicar su llegada al comité de recepción. Minutos después, tornaba acompañado de tres señores discretamente vestidos. Movieron levemente la cabeza en un saludo inexpresivo. Examinaron a Alferes de punta a punta, denotando una visible inseguridad por la dificultad de reconocer en él a la persona esperada. Silenciosos, retrocedieron algunos pasos para cerrarse en círculo, las manos de unos apoyadas en los hombros de los otros, como si conspiraran.

Volvieron relajados, y cupo al más anciano interpretar el pensamiento de los tres.

—Estamos de acuerdo con que su traje obedece a las normas preestablecidas, y la autenticidad de la invitación es irrefutable. Además, fue la suya la única enviada por correo. Los demás convidados fueron avisados por teléfono. Pese a la evidencia, el instinto nos dice que nuestro homenajeado aún está por llegar. No podemos, no obstante, impedir su entrada, incluso sabiendo de antemano los trastornos que su presencia ha de acarrear, pues muchos lo confundirán con el verdadero convidado. Cuando ello suceda, nos apresuraremos a aclarar el equívoco.

Entraron juntos, por un corredor estrecho y oscuro. De pronto, al abrirse una gran puerta, dieron con un salón copiosamente iluminado y lleno de personas conversando, riendo, mientras los mozos servían bebidas. Alferes fue arrastrado de un lado para otro. Todas las veces

que alguien se encontraba frente a frente con él, le pedía disculpas, saludándole efusivamente. Los miembros de la Comisión intervenían al punto, deshaciendo el engaño. Siguiéron así por otros salones, igualmente repletos, repitiéndose los equívocos y los desmentidos.

La noticia de la presencia de un falso convidado en la fiesta circuló rápidamente, lo que permitió a Alferes atravesar sin ser molestado los últimos salones y llegar a los fondos de la casa. Una leve brisa refrescó su rostro empapado de sudor. Venía del parque, donde numerosas personas en ropa sport se reunían en grupos dispersos entre los árboles y los bancos del jardín. Estos se prolongaban por dentro del terreno, separados unos de otros, a intervalos regulares, por cercas de higueras cortadas formando estrechos pasadizos.

Aun cuando supieran de la delicada situación de Alferes, nadie lo trataba con distancia u hostilidad. Por el contrario, trataban de rodearlo de atenciones, insistiendo se uniese a las alegres ruedas, formadas de señoras y caballeros excesivamente corteses. Pero pronto él se retraía y se apartaba ante la imposibilidad de acompañar los diálogos, que giraban en torno de un único y extenuante tema: la cría y las carreras de caballos.

No permanecía mucho tiempo solo. Otros participantes de la reunión se le aproximaban, dispuestos a hacer lo que fuera para interesarlo en potrancas, boxes, sillines, tílburis, pura sangres. Oíalos enfadado, como que nunca había ido a hipódromos, ni a estancias, ni montado jamás siquiera un burro. Trataba de desviar la charla, hablando del hombre esperado, de aquel que daría sentido a la reunión. Le respondían con evasivas: no lo conocían, ignoraban tanto su aspecto físico como los motivos del homenaje. Sabían, empero, que sin él no se daría inicio a la fiesta.

Sentado en un banco de piedra, Alferes siente aumentar su irritación ante las lisonjas, las presentaciones ceremoniosas, los ademanes delicados. Rechazaba firme, a veces duramente, nuevas incitaciones a adherirse a los grupos.

Acababa de repeler la embestida de algunos disconformes con su aislamiento, cuando vio caminar en su dirección a una bella mujer. Alta, vestida de terciopelo oscuro, el rostro muy claro, el cabello entre castaño y negro, parecía nacer de la noche.

Venía sonriendo, el vaso de whisky en la mano. Sus ojos brillaban como humedecidos por la neblina que comenzaba a caer.

—Vamos, tome. No todo es feo en esta fiesta—, dijo, extendiéndole el vaso.

La voz agradable, los dientes perfectos realzaban su belleza, que crecía a medida que iba aproximándose.

—Su nombre todos lo saben, el mío es Astérope.

Rindióse a la espontaneidad de ella, recelando de una sola pregunta que de inmediato sobrevino.

—¿Acostumbra ir al hipódromo?

Lamentó su dificultad para mentir o eludir situaciones embarazosas.

—Francamente, ése es un tema que me causa un profundo tedio.

Turbada, ella trató de disimular la decepción, preguntándole si le gustaría conocer los otros jardines de la casa. Sin esperar la respuesta, le tendió el brazo.

—Son lindos.

A Alferes los buenos modales le rehuían, de ahí la necesidad constante de excusarse por las frases bruscas, lanzadas sin intención de herir.

—Discúlpeme, no quise ofenderla. ¿Aquí se reúnen únicamente aficionados a los caballos?

—Simple coincidencia, nada programamos en ese sentido.

El terreno era peligroso. Cambió rápidamente de tema.

—¿Usted conoce al convidado?

—Vagamente, por referencias. Voy a conocerlo mejor hoy en la cama, pues dormiremos juntos.

—¿Cómo? ¡Si usted ni sabe quién es él!

—Fui escogida por la Comisión.

—Creo que eso es una estupidez. ¿Y si fuera un hombre enfermo, feo o lisiado?

—Vale la pena correr el riesgo.

Aparte del desagrado de saber que más tarde ella estaría acostada con otro, algo inquietante emanaba de Astéropé. ¿De la excesiva belleza, o del brillo de sus ojos?

Fueron atravesando jardines. Intranquilo, sumido en dudas, Alferes prestaba poca atención a su compañera.

A veces, mirando en derredor, encontraba al parque demasiado extenso. Callaba su desconfianza, preocupado en saber si habría visto a una joven señora parecida a ella en un cuadro, un almanaque, un libro.

Se detuvo: los jardines interminables, su incapacidad de hablar el lenguaje de los invitados, un convidado cuya ausencia retardaba la realización de la fiesta. La belleza de Astéropé. La tomó por los hombros, obligándola a encararlo. ¿Sería acaso el brillo de sus ojos? Tuvo miedo.

Retrocedió apresuradamente, haciendo el mismo trayecto de horas antes, atropellando personas, empujándolas. Todos deseaban detenerlo, pero él se desprendía de los obsequiosos caballeros, de las amables damas.

Al final del pasillo, el portero quiso retenerlo y fue apartado de un codazo.

Sintióse aliviado al dejar atrás la atmósfera opresiva de la recepción. Dentro de media hora estaría en su departamento contando los días que faltaban para el fin de las vacaciones de Débora, mujer saludable, entrada en carnes.

No se veía casi bajo la fuerte neblina. Pisando con cautela, se dirigió a un automóvil estacionado en las inmediaciones, por fortuna el de Faonte. Subió rápidamente.

—De prisa, al hotel.

—Lo siento, me han pedido que aguarde al convidado. Después de él llevaré a los señores de la Comisión, correspondiéndole a usted el último viaje, ¿entendido?

—¡Hipócrita! ¡Usted y ese hato de simuladores saben que el convidado no vendrá nunca!

El chofer ignoró el exabrupto del pasajero, respondiéndole delicadamente:

—Tenga paciencia, el acontecimiento es inminente.

Alferes bajó del coche rezongando, dispuesto a enfrentar la niebla. De acuerdo con sus cálculos, bastaría caminar un kilómetro para llegar a la parte más poblada del barrio, donde encontraría transporte fácilmente. Apenas había andado unos cien metros, cuando las dificultades comenzaron a surgir. Tropezó con el cordón y fue a chocar contra un muro. Permaneció allí recostado durante un corto espacio de tiempo y a poco se lastimó las manos en una cerca de alambre de púa. Separándose de ella, tuvo la impresión de haberse internado en una breña. De ahí en más, se perdió. Iba de derecha a izquierda, avanzaba, retrocedía, arañándose con los arbustos.

Perdió el sombrero de plumas, la ropa se le rasgó en varios lugares,